

SENTIDO Y RAZON DEL DICCIONARIO FILOSOFICO

Tenemos sobre nuestra mesa de trabajo, para ser sometidos a un examen crítico, tres magníficos volúmenes, aparecidos en el término escaso de tres años, en lengua castellana, con el título de diccionarios de filosofía (*). Este inusitado récord de fecundidad por parte de un género bibliográfico de índole tan peculiar nos convida a detenernos, antes de pasar al análisis de cada uno de los volúmenes, a reflexionar sobre la naturaleza misma y las características del diccionario doctrinal y, concretamente, del diccionario filosófico.

Un diccionario, como dice su mismo nombre, es, ante todo, una exposición de dicciones. Y como una exposición exige cierto orden y las dicciones son susceptibles de la más fácil y eficaz de las ordenaciones, la alfabética, estas dicciones han de estar catalogadas por orden alfabético. Un diccionario de filosofía será, pues, aquel en que se explican por orden alfabético las dicciones referentes a conceptos filosóficos.

Un diccionario tal puede revestir dos modalidades muy distintas: puede ser un diccionario de palabras o un diccionario de ideas.

El primero será aquel que simplemente nos explica los nombres: su etimología, sus acepciones y los matices de cada una de éstas en un momento dado o al correr de los tiempos. Es la que expone lo que los lógicos llaman definiciones nominales, bien etimológicas, bien usuales. Suele llamárselo más bien *vocabulacio*, y son muy grandes los servicios que puede prestar a la filosofía, en cuya transmisión, interpretación y desarrollo juega tan gran papel la palabra. A esta categoría puede adscribirse, por ejemplo, el *Vocabulaire technique et critique de la philosophie* de André Lalande.

(*) JOSE FERRATER MORA: *Diccionario de Filosofía*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1951. 1047 págs. 25 × 17,5 cms.

JULIO REY PASTOR E ISMAEL QUILES, S. J.: *Diccionario Filosófico*. Espasa Calpe, Buenos Aires, 1952. XXVII-1114 págs. 25 × 17,5 cms.

WALTER BRUGGER, S. J.: *Diccionario de Filosofía*. Traducción de José María Vélez Cantarell. Prólogo de Juan Roig Gironella, S. J. Herder, Barcelona, 1954. XLII-515 págs. 21,5 × 14 cms.

El diccionario de ideas es aquel que expone los conceptos filosóficos, el que da definiciones reales; pero siempre los conceptos son en él considerados en relación con las palabras que los designan, para que éstas sean sometidas a su típica ordenación alfabética.

La razón de ser de un diccionario ideológico de filosofía no puede ser directamente científica. Esa atomización del saber filosófico en vocablos sueltos y su disposición según el orden enteramente convencional del alfabeto es algo de suyo anticientífico. El pensamiento no alcanza su expresión completa en el término aislado o en el concepto, sino en el juicio. Por otra parte, el saber filosófico, lo mismo que todo saber científico, es algo esencialmente orgánico que se expresa en sistemas o en conjuntos de conceptos, juicios y raciocinios dispuestos entre sí según conexiones lógicas exigidas por la estructura trascendente de la realidad. Reducir la filosofía a diccionario es desarticularla violentamente y equivale a renunciar a la filosofía como sistema, como todo arquitectónico, para limitarse a ir reconociendo uno por uno y aisladamente los distintos sillares que la integran.

¿Y por qué ese renunciamiento, ese sacrificio? Simplemente para poner al alcance del curioso, mediante la clave del alfabeto, cualquier idea o conocimiento filosófico. El trabajo de información filosófica es siempre dificultoso. Y su mayor dificultad estriba en que para orientarse en la búsqueda de un dato cualquiera hay que tener un previo conocimiento de la materia correspondiente, el suficiente al menos para poder rastrear la pista de dicho dato. Sin ir más lejos—este sería, en definitiva, el proceso de toda investigación: paso de lo conocido a lo desconocido—para buscar una noticia histórica en tratados sistemáticos de la materia hay que saber previamente a qué época y a qué género pertenece; para buscar una noción en una exposición científica orgánica hay que conocer de antemano la estructura general del sistema y aquellas notas de la noción buscada que permitan seguirle la pista en el conjunto. El abecedario, como medio para clasificar las palabras y por las palabras las cosas, es sin duda uno de los descubrimientos más prácticos hechos por los hombres, tanto quizá como la tabla de Pitágoras en aritmética. Gracias a él podemos localizar con toda facilidad en un conjunto un elemento cualquiera sin más que conocer su nombre y la clave: las 24 letras del abecedario.

Un diccionario filosófico significa, por tanto, un sacrificio del orden lógico en gracia al orden alfabético, y consiguientemente una renuncia a la unidad sistemática en favor del fácil acceso a cualquiera de sus partes, a la totalidad en favor de sus integrantes, a la síntesis en favor del análisis. Un diccionario es, por consiguiente, un fichero, solo que en forma de libro; un *prontuario* del pensamiento, un *reperitorio* de ideas, entendiendo ambas palabras en su más pleno sentido etimológico.

Todo esto señala, a nuestro modo de ver, la pauta esencial por la que ha de regirse un diccionario que quiera permanecer fiel a su propio destino. No ha faltado quien negara toda utilidad práctica al diccionario filosófico. A decir verdad, creemos que de no ajustarse

plenamente a las características impuestas por su misma estructura esencial es, efectivamente, de muy poco o de ningún interés, puesto que apenas nos presta un servicio que no pueda ofrecer más ventajosamente una obra sistemática.

Precisemos esto un poco. El diccionario es un prontuario o repertorio por sistema de clave; un procedimiento artificioso para encontrar rápidamente un dato en un conjunto. Ahora bien, las claves y técnicas artificiosas, si bien son extraordinariamente útiles para casos complicados y difíciles, para casos sencillos resultan más bien engorrosas. La tabla de Pitágoras no es tan útil para las operaciones con el número 2 como con el número 9. Igualmente, en un pequeño conjunto de conceptos no existe problema de información; se retiene con facilidad todo el conjunto sin necesidad de acudir a una catalogación alfabética. Por eso el diccionario crece en interés práctico a medida que se amplía su campo de materias, y pierde en interés a medida que este campo se reduce o simplifica.

Ahora bien, un complejo doctrinal puede ser más o menos amplio en un doble sentido: en el horizontal o extensivo, de cuestiones o ramas que abarca, y el vertical o intensivo, de exhaustividad en cada cuestión o rama. Cuanto mayor sea la amplitud del diccionario en ambos aspectos, conjuntamente mayor es el servicio que presta a la información. En cambio, su interés decae a medida que el tratado, aunque muy extenso, se hace sumario o, aunque prolijo y abundante, se restringe a una pequeña parcela del saber. De aquí el enorme valor informativo que tiene las grandes enciclopedias universales en forma de diccionarios, en las que de modo bastante completo se trata de todo el saber humano. Este valor se conserva cuando al reducirse la extensión hacia una especialidad, los tratados ganan en profundidad y riqueza (grandes diccionarios especializados) o cuando se mantiene la universal extensión, aunque los artículos no sean tan prolijos (pequeñas enciclopedias universales). Pero—concretándonos a nuestro campo—los rudimentos de toda la filosofía o el estudio de un solo filósofo, o de un sistema o de una época filosófica siempre tendrán una expresión más pedagógica en una obra orgánica que en un diccionario.

Pero es necesario fijar todavía mejor en qué está el interés y el valor práctico, instrumental, del diccionario filosófico. Decíamos que en él se renuncia al orden sistemático en favor del alfabético, a la síntesis en favor del análisis. Esto equivale a afirmar que su finalidad es esencialmente *informativa*, entendiendo por información la comunicación de datos y noticias dispersos.

Según esto podemos asegurar, por ejemplo, que el diccionario filosófico no puede tener de suyo un objetivo de *iniciación*. Iniciar en filosofía es como comunicar sus rudimentos o su germen, y un germen no existe mientras no posee de algún modo la forma, el alma del ser desarrollado, mientras no exista más que el cúmulo de materiales que lo han de integrar. Iniciar en este campo es, ante todo, comunicar el sentido de la filosofía, la clave de su unidad, el orden que la anima.

Ahora bien, tal cosa cae por definición fuera de la incumbencia del diccionario. Un texto para estudiantes en período de iniciación nunca puede ser un diccionario. Este género bibliográfico es más bien para los proficientes en el camino de la ciencia, constituye un instrumento de trabajo para el investigador—en sentido más o menos estricto—que desde el núcleo de su síntesis previamente formada parte a la conquista de nuevos materiales aún no asimilados. Por la misma razón el diccionario tampoco tiene una misión *formativa*. Formar aquí es comunicar la forma por la que intrínseca y objetivamente se ordenan determinados materiales científicos, y el diccionario ha renunciado por definición a esa forma para quedarse con una multitud de conceptos lógicamente caótica y sólo sometida a un orden convencional. El diccionario sirve exactamente *in-formes*, es decir, elementos ajenos a aquella forma que sólo ha de recibir cuando sean «comprendidos» por el espíritu.

Naturalmente, en materia tan elástica y convencional cabrán, sin duda, fórmulas intermedias en las cuales se busquen los beneficios del diccionario alfabético salvando en lo posible los valores del orden y del sistema. Sin embargo, creemos que los dos puntos de vista son tan antagónicos que resulta difícil encontrar entre ambos un compromiso provechoso. A medida que se acentúa la disposición orgánica de las materias disminuye la multiplicidad de elementos a controlar por la clave alfabética. Pero con ello desaparece su misma razón de ser, pues como ya hemos dicho, la utilidad de esta clave alcanza sólo a los conjuntos de gran multiplicidad. A poco que se disminuyan las virtualidades características del prontuario alfabético, resulta más provechoso entregarse decididamente y por entero al orden sistemático. El único compromiso verdaderamente práctico sería el que trata de aliar ambos extremos sin minar las virtudes características de cada uno: una buena obra sistemática con un buen índice de materias, máxime si el tratado orgánico estuviera concebido y realizado en función del índice previamente establecido.

Perdónense estas divagaciones, que quizá parezcan fútiles por demasiado abstractas y absolutas para una materia tan convencional, pero que nos servirán para el análisis y enjuiciamiento de los tres diccionarios enunciados. Pero antes de pasar a este análisis concreto debemos añadir otra consideración: en un diccionario hay que distinguir su condición formal de tal y los materiales que lo integran. Un libro pésimo como diccionario puede ser excelente por el valor intrínseco de los materiales que lo integran. Y a la inversa. Ambas cosas, por lo tanto, deben ser enjuiciadas aparte.

Comencemos por el *Diccionario Filosófico* editado por Espasa Calpe Argentina y redactado en colaboración por un grupo de profesores bajo la dirección de Julio Rey Pastor e Ismael Quiles, S. J. Es un espléndido volumen de cerca de 1.200 páginas en gran formato, compuesto en letra del diez y elegantemente presentado. Pero lo que en él extraña ante todo es precisamente que lleve el título de diccionario. El prolonguista P. Quiles dice que se trata de un «repertorio

filosófico, a la vez Enciclopedia y Diccionario». Puede pasar ciertamente por enciclopedia, si se entiende la palabra como desarrollo cíclico de *toda* la filosofía, bien que no total, no muy profundo ni exhaustivo. En efecto, se tocan aquí casi todas las ramas de la filosofía, comenzando por su historia. Su título de diccionario, en cambio, queda sólo justificado por un vocabulario que lleva al final, en el que se dan definiciones «breves y claras» de un cierto número de conceptos filosóficos, remitiendo en la mayor parte de los casos a las páginas de la obra donde se trata el tema. Como ya hemos insinuado, creemos que este sistema, apurando sus posibilidades, podría quizá lograr todas las ventajas del diccionario sin perder las de la exposición sistemática. Pero para ello habría que comenzar por establecer el vocabulario fijando el número de términos y el esquema explicativo correspondiente a cada uno de ellos, pasando luego a realizar este proyecto en un cuerpo orgánico a cuyos distintos apartados remitiría el vocabulario. Pero aquí el vocabulario es algo superpuesto y secundario. En sí mismo es pobre—«para los no familiarizados»—y en cuanto a las referencias al cuerpo de la obra, faltan en artículos muy importantes—por ejemplo, abstracción, apetito, democracia, evidencia, necesidad, etc.—, llevan a veces a páginas donde el tema se toca incidentalmente y con frecuencia remiten a varios lugares a la vez no siempre complementarios ni exhaustivos. Un buen índice de materias hubiera sido quizá más interesante.

Creemos, pues, que como diccionario filosófico esta obra se traiciona por completo.

Pero si no un diccionario, sí tenemos aquí una enciclopedia de notable envergadura como obra de colaboración filosófica y como empresa editorial. Tras de un buen resumen de la historia de la filosofía firmado por el P. Quiles, se van desarrollando sucesivamente estos títulos: Lógica, Teoría del conocimiento, Epistemología y Teoría de la ciencia, Lógica, Ontología, Metafísica General y Especial, Filosofía de los valores, Filosofía de la religión, Ética, Estética, Filosofía del arte y Poética, Psicología, Antropología filosófica, Concepción del mundo, Sociología y Filosofía del Derecho. Lo primero que se echa de ver—se aprecia ya en la sola enumeración de títulos—es la falta de aquella distinción y orden de partes que cabría esperar en una obra de este género. Aun sin meternos con la división que se hace de la Metafísica o con el lugar asignado a la Crítica y a la Epistemología y en otros problemas de hondura, nos haríamos interminables si fuéramos enumerando repeticiones, interferencias y omisiones. No menos variados resultan los criterios en fondo y forma que presiden la redacción de cada uno de los trabajos. Algunos valoran las doctrinas que exponen, otros se limitan a referir sentencias; para unos cuentan sobre todo las filosofías peripatética y escolástica, otros las ignoran casi por completo. Y ni que decir tiene que esta disparidad se extiende en gran escala a la envergadura científica de cada trabajo. Por más que respetemos el criterio de la Dirección de bus-

carse la colaboración en medios doctrinales muy variados, creemos que en todo esto hay algo que sobrepasa los límites de lo justo.

Es indudable, sin embargo, que en su abigarrada multiformidad esta obra constituye un interesante documento del saber filosófico de la época y en algunos puntos—nosotros destacaríamos el epistemológico—una aportación científica meritoria.

El *Diccionario de Filosofía* redactado por un grupo de colaboradores, bajo la dirección de Walter Brugger, S. J., es una obra menos extensa, vertida al castellano sobre la tercera o cuarta edición alemana y editada por Herder en un hermoso volumen muy manejable. Es, en cierta manera, una obra de síntesis y de crítica. Trata de examinar los problemas que interesan a la filosofía de hoy a la luz de los principios de la filosofía perenne. Empleando el término sin particularismo de ningún género diríamos que es un diccionario de filosofía neoescolástica. «Abrigamos la esperanza—nos dice W. B.—de que el Diccionario de Filosofía contribuirá por su parte a iniciar y preparar una sana reorganización de la vida. No pretende ofrecer erudición, sino formación de la inteligencia. No tratamos de explicar vocablos que quizá se usen raras veces... sino de presentar en su conexión real los conceptos filosóficos que han pasado a la tradición de Occidente y continúan vivos en el filosofar de hoy» (pág. XI). Por esto tampoco es muy extenso en cuanto al número de artículos tratados. Expone sólo los que considera fundamentales y a ellos remite desde un vocabulario más extenso que encabeza el cuerpo de la obra. Sus artículos son breves, claros y precisos. Informan sobre las diversas corrientes filosóficas, particularmente las modernas, añadiendo por lo general un juicio crítico. Su información más completa es la que se refiere a la escolástica, de la que expone sobre todo la doctrina tomista, pero sin entrar en discusiones de escuela. Acompaña a cada artículo una nota bibliográfica selecta y al final de la obra se traza un bien nutrido esquema de la historia general de la filosofía. Su nivel doctrinal, sin descender a la baja vulgarización, tampoco es el de la alta especialización.

Frente a esta obra mantenemos plenamente nuestro criterio arriba expuesto sobre la naturaleza y el valor práctico de los diccionarios. Su objetivo de formar inteligencias y de «presentar en conexión real los conceptos» hoy vigentes de la filosofía tradicional lo hubiera logrado con más eficacia mediante una obra sistemática redactada por los mismos profesores en plan de colaboración; dados los estrechos límites que se ha impuesto en su información y en el número de artículos resulta escasa la utilidad de su recurso al diccionario, y por otra parte, la idea de un diccionario «inspirado en la concepción cristiana del universo» (*Pról. de la primera ed.*) hubiera alcanzado una realización más valiosa en una obra más ampliamente informativa y en la que simplemente la filosofía cristiana ocupara el lugar que objetivamente le corresponde. La Bibliografía, poco enriquecida en la versión española, nos parece un poco deficiente para los lectores de

aquende los Pirineos que no tienen a su alcance abundancia de obras germánicas. Pensamos también que se lograría una simplificación práctica—no habría que buscar dos veces un vocablo—si el vocabulario inicial se intercalara en el cuerpo de la obra.

Pero hemos de reconocer que la obra salva todos los escollos en virtud del valor intrínseco de sus artículos. Redactados por un grupo de profesores especialistas en diversas ramas de filosofía, la mayor parte pertenecientes al Colegio Berchmans de Pullach, de los Padres Jesuitas, y algunos de ellos de renombre científico mundial, constituyen cada uno una magnífica síntesis de un pensamiento escolástico abierto a los problemas de hoy. Es por esto una obra excepcional en la literatura filosófica española, y mientras constituye para el especialista una pauta y un criterio científicamente muy sólido, es, sin duda, una de las obras más interesantes y más seguras de las que disponemos hoy para poner en manos de los que, sin ser especialistas, sienten preocupación por los problemas de filosofía.

En fin, el *Diccionario de Filosofía* de Ferrater Mora, con sus 1.047 páginas, en gran formato y en tipos del ocho, es de bastante mayor extensión que cualquiera de los precedentes, de los que no desmerece, por otra parte, en su aspecto editorial y de presentación, debido a la Editorial Sudamericana. Aunque parezca increíble es la obra de un solo hombre, que lleva varios años trabajando en ella, y con tal constancia y eficacia que esta tercera edición triplica la primera de 1941 y duplica la segunda de 1944, de modo que puede casi decirse una nueva obra, y no sólo en extensión sino también en calidad.

Creemos que Ferrater Mora ha comprendido plenamente lo que debe ser un diccionario filosófico, y a la realización de la ardua empresa ha consagrado con entusiasmo sus raras dotes de capacidad de asimilación, de claridad, de equilibrio intelectual y de objetividad. Su obra es un verdadero arsenal de información sobre autores y doctrinas. De los primeros expone unos datos biográficos, un resumen de su doctrina, sus obras principales y bibliografía a él referente. Infinidad de autores secundarios que no merecen artículo aparte son citados en la exposición de escuelas y corrientes. De cada tema filosófico hace una breve exposición refiriendo, cuando existen, sus vicisitudes históricas desde los griegos hasta nuestro tiempo. Su característica más notable es, sin duda, su gran capacidad de comprensión, la facilidad y objetividad con que capta los rasgos esenciales de las doctrinas filosóficas más dispares. Tiene un conocimiento muy amplio y certero de la escolástica, cuyas doctrinas y autores expone con su habitual objetividad, aunque no trate con la extensión que merecen muchos de sus representantes de segundo orden, como Cayetano, Vitoria, Juan de Santo Tomás, etc. Su información bibliográfica es abundantísima, tanto sobre el aspecto general de cada tema como sobre cada uno de sus aspectos particulares. Creemos que si de algo pecan a veces sus artículos es de falta de concisión. Una más precisa esquematización de los conceptos daría más densidad a la exposición

y permitiría ahorrar no poco espacio que haría posible el llenar lagunas aún existentes sin desbordar los límites de un volumen todavía manejable. De todos modos, independientemente de las mejoras que cabe todavía esperar de la juventud y del aliento de su autor, esta obra constituye hoy en su género el mejor instrumento de trabajo con que cuenta en lengua castellana el investigador de filosofía.

FR. JESUS M. R. ARIAS, O. P.